

EL MÁGICO ARCO DE SAN PASCUAL, EN AYORA

El **Valle de Ayora** ocupa una buena parte del cuadrante SO de la provincia de Valencia, ya en sus límites con la de Albacete. Un eje fundamental lo orienta de Norte a Sur, el río Cantabán que, tras drenar esta amplia comarca, entrega en Cofrentes sus aguas al Júcar.

En su cabecera se encuentra el llano de San Benito, antigua laguna hoy desecada, limitada por el macizo del Caroig o Caroché, por el Este y la sierra del Mugrón por el Oeste. Esta sierra es una muralla rocosa que se extiende hasta las proximidades de Almansa, configurando una zona sumamente sugestiva e interesante desde muchos puntos de vista: Histórico, ya que en sus faldas se desarrolló la tristemente famosa Batalla de Almansa; Arqueológico, puesto que sobre ella se levantó la mayor ciudad ibérica de nuestras tierras, conocida como el Castellar de Meca; y mágico, pues en un recoveco de sus contrafuertes, en la vertiente occidental, se alza el extraordinario Arco de San Pascual. Es uno de esos extraños recintos, solitario, abierto en medio de una geografía sorprendente que mueve al estudio, a la investigación, a la meditación y a la fantasía.

El **Rincón de San Pascual** está situado a 980 metros de altitud, al pie de la que fuera importante ciudad ibérica del **Castellar de Meca**, habitada en el siglo IV a.d.C., cuyos vestigios son perfectamente visibles e identificables. Está cerrado por varios cordales rocosos que se desprenden de la gran espina dorsal pétreo del Mugrón. En los cerros que lo rodean se abren en sus grises murallones las bocas de varias cuevas y covachas que parecen llamar a su exploración a los intrusos que allí acuden. Para llegar hasta él tomaremos un sendero que sigue una pequeña rambla desde el minúsculo caserío conocido como las **Casas del Heredero**. Estas las encontraremos siguiendo una polvorienta pista que arranca de la carretera de las Casas de Madrona a Alpera, ya en la provincia de Albacete.

Y en el centro de aquel pequeño vallecillo se alza el fantástico mogote rocoso conocido como el **Arco de San Pascual**, fabuloso dolmen natural cárstico con figura de quimérico animal antediluviano –dinosaurio o galápagos- que se hubiese quedado allí petrificado, no ahogado o congelado por algún brusco cambio climatológico, sino por el encantamiento de alguno de los brujos que adornaban con dibujos las cuevas y abrigos del contorno (Tortosilla, el Sordo y la Vieja, en Alpera, visible esta última desde el mismo Arco). Ante él la imaginación del visitante, que llega incluso a sentirse intruso en aquel recoleto recinto, puede recrear mil escenas rituales mágicas de los antiguos habitantes de la cercana Meca y aún mucho más modernas.

A nuestro Arco también se le conoce como el **Sillón del Gigante** y no es más que un capricho de la naturaleza modelado por la erosión del viento, las aguas y los agentes químicos. Se trata como ya he dicho de un enorme peñasco que la fantasía de cada uno identifica con una figura diferente. Tiene unos doce metros de altura y bajo él se abre un gran boquete que lo atraviesa de parte a parte. Es lo que podríamos llamar el umbral del arco. Entre las patas del fantástico ser, grabados en la roca viva del basamento natural, pueden verse unos petroglifos antropomorfos masculinos y femeninos, pocetas y canalillos en torno a una poza mayor. Las cazoletas subsidiarias y los canales están dispuestos de tal manera que cualquier líquido derramado en ellas vertía a la poza mayor común.

Según la arqueóloga **María Soledad Meseguer Santamaría** “*al estar bajo un arco, elevado sobre el terreno, y al estar rodeada por los grabados, que la tienen como centro y a veces se dirigen explícitamente hacia ella, creo que este conjunto de cazoletas y canales pueden formar parte de algún ritual, en el que quizás se vertería líquido que se reuniría en la mayor... Esto nos lleva a pensar que quizá hubiese ritos de matrimonio y fecundación humanos. Las cazoletas y canalillos comunicados pudieron tener estrecha relación con estas celebraciones. Vertiendo*

líquidos podrían propiciar la procreación y la abundancia de vida en las personas y en la naturaleza... Y por el modo y técnica de talla, creo que estos grabados y cazoletas pueden pertenecer, en líneas generales, al período Calcolítico-Edad del Bronce”.

Estamos, pues, en uno de los parajes en el que su magia envuelve al visitante como en ningún otro lugar de nuestras tierras. Yo mismo me sentí casi acorralado por unas extrañas vibraciones que parecían rebotar de una a otra pared del Rincón. Y aún ahora, cuando los recuerdos quedan difuminados en los jirones de niebla del pasado, cuando evoco las palabras de mi compañero de excursiones, pienso si todo no sería fruto de su imaginación. La magia del lugar pudo haber hecho realidad lo que no eran más que fantasías del pueblo.

Delante de aquel gigantesco arco, verdadero capricho de la naturaleza, se puede pensar en un ara sagrada de ritos ancestrales. En un altar de sacrificios tribales. Pero que ante los ojos de mi compañero volvieran a materializarse aquellas ofrendas, porque sí, él me dijo que vio a una sacerdotisa de túnica blanca realizando ofrendas de doradas mieses de los campos de Ayora, bajo la gran carpa del Arco de San Pascual. Y se preguntaba a si mismo si todo no habría sido fruto de su exaltado magín.

Cuando aquella mañana, me contó, había llegado hasta las Casas del Heredero, un viento fresco agitaba las espigas de los trigales que doraban el llano desde el Puntal de Meca hasta Alpera. Por el senderillo que lleva hasta el Arco marchaba solo mi amigo, escuchando únicamente el eco de sus pisadas devuelto por los murallones horadados por docenas de covachas que quizás aún guardan tesoros prehistóricos. Y de nuevo volvió a sorprenderse ante la fabulosa y fantástica silueta del Arco que, si hoy aún asombra al viajero del siglo XXI, debió anonadar y aterrorizar a los iberos que hace 25 siglos, bajaban hasta allí desde su casa en el Castellar para realizar ofrendas a sus dioses.

Mientras se aproximaba al mágico recinto todas las suposiciones iban tomando visos de realidad en la mente de mi amigo. Sobre el Puntal de Meca, la gran urbe ibérica. Frente a él, la cueva de La Vieja, en Alpera, guardiana de maravillosas pinturas rupestres en línea recta hacia el Arco, aquel casi inaudito monumento natural con sus extrañas figuras humanas talladas en la roca viva del zócalo y las pocetas que hablaban de ofrendas y sacrificios.

Mi amigo había cerrado los ojos tratando de imaginar la escena: la sangre del cervatillo sacrificado corriendo por los canalillos labrados en la roca hacia la poceta que todo lo recogía; el cuchillo de piedra blandido por la sacerdotisa vestida de túnica blanca, coronada de flores silvestres y la multitud de hombres y mujeres que habían bajado desde la ciudad ibérica y esperaban el vaticinio y la ayuda de sus dioses

Pasado el trance abrió los ojos. El Arco seguía allí. El viento soplaba a través de su gran ventanal y era el único sonido que escuchaba en aquellos momentos. Pero algo había cambiado, me dijo. En el umbral del Arco pudo ver aún la silueta alba de la sacerdotisa con los brazos levantados hacia lo alto ofrendando una gavilla de espigas de trigo. Vestía una túnica de burdo lino y llevaba los pies descalzos. Una guirnalda de flores nimbaba su rostro y un cingulo de cuero marcaba su cintura. La figura femenina fue desvaneciéndose poco a poco como un jirón de niebla.

Mi compañero trepó rápidamente hasta el zócalo y comprobó que allí no había nadie, pero en el suelo, junto a la poceta vacía, halló una gavilla de trigo, fresca, lozana, como si hubiese sido arrancada de sus tallos aquella misma mañana. Mientras, un águila planeaba majestuosamente sobre el Rincón de San Pascual.

Aquel viejo compañero de excursiones que me contó esta historia durante un fuego de campamento, una noche en **Tabarla**, se llamaba **Rafael Roca Miquel**, escritor que publicó

cientos de artículos y fue el primero que reveló, en las páginas de la revista **Valencia Atracción**, la existencia del Arco de San Pascual. Nadie antes había hablado de él. Me confesó que había llegado allí siguiendo las instrucciones de otro veterano excursionista y también escritor, **Josep Mascarell i Gosp**, autor del delicioso libro “*Amics de Muntanya*”, el cual le había hablado de la evanescente figura de la sacerdotisa, pero que solamente la podían ver unos elegidos.

Este relato lo recibí como una herencia y, aún hoy, cuando el tiempo ha pasado, cuando mis compañeros han desaparecido, yo he vuelto por allí una y otra vez, esperando que aquellas imágenes que vieron mis amigos puedan estar viajando por el infinito y cualquier día, en cualquier instante, vuelvan a proyectarse en el mismo lugar. Por eso, lo confieso, deseo volver al Arco de San Pascual, por si la magia de aquel momento se repitiese otra vez y yo fuese uno de los elegidos.

José Soler Carnicer